

En general los emigrantes literarios suelen ser, o bien chiquillos físicamente débiles, poco dotados para las faenas agrícolas, o bien muchachos díscolos y problemáticos que en ocasiones son objeto de malos tratos en el seno familiar:

¡Mi infancia! Señora mía, ¿cree usted que es muy grata esa memoria?... ¡Si yo era en esta casa poco menos que un animal doméstico!... Tratábame mi padre con un rigor excesivo. Recuerdo que teníamos un burro [...] Mi padre le trataba con más cariño que a mí...²³

No faltan, sin embargo, los que perteneciendo a un mundo acomodado deciden partir hacia nuevas tierras. La causa inmediata en estos casos, resulta semejante a los anteriores; se debe, bien a problemas familiares —Germán Reynoso—,²⁴ bien a reveses de la fortuna —Tomás Quincanes—.²⁵ La edad de partida que encontramos más veces repetida es la de los doce años, lo que viene a indicar que es la propia familia la que decide la aventura americana. En algunas ocasiones el momento de la marcha parece ser la adolescencia; el chico huye de su hogar a causa de los malos tratos recibidos en él y, tras una serie de intentos por conseguir trabajo en la propia patria, decide partir en busca de mejor suerte; decide partir «para hacer las Américas», según frase muy repetida en la época.

La marcha en sí y las duras condiciones del viaje hieren la sensibilidad de pensadores, economistas y novelistas que crean toda una literatura en torno al tema. La prensa y los intelectuales asturianos —provincia de gran emigración—²⁶ se mostraron contrarios a ella, señalando que robaba «los mejores brazos», que «destruía la base de nuestra riqueza», y que exponía a los jóvenes a graves peligros de salud. Pero a pesar de todo, las oportunidades de trabajo en el marco local eran tan escasas por aquellas fechas que la gente sentía vivamente la tentación de enviar al hijo con el pariente lejano, instalado ya en un cierto bienestar.

La aventura comienza en el mismo viaje. Pereda, Palacio Valdés, Galdós ofrecen imágenes plásticas de la tragedia del futuro indiano cuando parte de la Península, bien alejadas por cierto de las estampas edulcoradas que ofrece la zarzuela «del que vuelve». Las condiciones del viaje eran duras; a veces la familia o el muchacho no lograban reunir la cantidad necesaria para el pasaje y el chico viajaba como polizón; pero en el mejor de los casos el hacinamiento y la miseria presidían la travesía. Recordemos el caso de Cruz, de Pachín González o de Antonio Quirós:

Los barcos que transportaban en aquella época a los emigrantes eran de vela, unas cáscaras de nuez, sucios, hediondos, donde marchaban hacinados los pobres aldeanitos que enviaban de

²³ B. Pérez Galdós, *La loca de...*, op. cit., p. 1626.

²⁴ «Don Germán Reynoso era hijo de un agente de Bolsa. Cuando sólo contaba seis o siete años, su padre por virtud de algunas operaciones desgraciadas quedó arruinado [...] Tenía ya catorce años y llevaba dos de carrera con brillantes notas cuando falleció su padre. Su pobre madre...». Vid. A. Palacio Valdés, *Tristán o el pesimismo*. Madrid, Victoriano Suárez, 1922, pp. 18-19.

²⁵ J. M. Pereda, *La Puchera*. Madrid, Viuda de Manuel Tello, 1910, p. 128.

²⁶ *Un semanario asturiano*, *El Herald de Occidente de 1 de octubre de 1897*, hace llegar a 200.000 los asturianos residentes en Cuba. La cifra puede, tal vez, estar un poco exagerada. Parece cierto sin embargo, que para el quinquenio 1891-1895, el número de emigrantes asturianos se evaluaba en 22.398, ocupando Asturias con un 8,5 % el cuarto lugar en los índices de emigración provincial de la península; la precedían Canarias, Pontevedra y La Coruña.

Asturias a Cuba para hacer fortuna. El cincuenta por ciento moría al llegar del *vómito negro*, los que quedaban vivos trabajaban toda su vida sin lograr otra cosa que comer; sólo algunos pocos favorecidos por la suerte conseguían, ya maduros, restituirse a sus pueblos con fortuna. [...] Las infelices madres, desoladas, gritaban desde el muelle con temerosos alaridos diciendo adiós a sus hijos. Éstos, agarrados a la jarcia del barco, con el rostro contraído y los ojos húmedos, las contemplaban estáticos como imágenes del dolor.²⁷

Veinte o treinta años suele ser el término medio de estancia al otro lado del Atlántico, donde al llegar, son recibidos por algún pariente o amigo de la familia al cual van encomendados —Reynoso, Sarabia, Quirós—, o en todo caso se integran en alguna colonia de paisanos que les orienta y ayuda a su llegada. Los ejemplos que ofrece la literatura son diversos; pero suele ser una norma bastante general la inserción del emigrante durante la primera época de su nueva vida, en un medio que guarda afinidad con su lugar de origen. Muy frecuente resulta su participación en un comercio, primero como recadero, luego como dependiente y finalmente como dueño, siendo otras veces el trabajo en la agricultura o en la mina el primer destino del adolescente o del niño. En todo caso y siempre, una larga etapa de privación y de trabajo duro preside la vida del futuro indiano; señala el narrador de *Don Gonzalo González de la Gonzalera*:

Sólo diré, en honra del hijo del difundo Bragas, que en veinte años no le dio el sol más que los domingos, ni trató más gente que la que llegaba a su zaquizamí para dejar el óbolo sobre el sucio mostrador, en cambio de la grosera mercancía que iba buscando; que ni por un momento le marchitó tan larga esclavitud las rosas de su imaginación montañesa, ni mella hizo en su espíritu templado en Coteruco al fuego de las iras del borracho de Antón y al frío de todas las desnudeces y amarguras de la miseria; antes al contrario, esponjóse en aquel tugurio sombrío que hubiera sido la tumba de otro mortal de más holgada procedencia que Colás, porque este tugurio era lo primero que éste poseía, y lo poseía en indisputable propiedad; y era propiedad de pingües rendimientos para quien, como él, nada apetecía sino dinero, ni sabía lo que eran necesidades del espíritu.²⁸

b) *El patrimonio americano del indiano*

Las condiciones de esta vida plena de dureza y privaciones conforman la personalidad del joven emigrante y dejan tan profunda huella en él, que ni su posterior riqueza ni el giro que experimenta su vida al regresar a la patria serán capaces de borrarla. La lucha por la propia existencia, el afán de sobrevivir, el deseo de enriquecerse, son circunstancias que favorecen su individualismo y falta de solidaridad, y desarrollan su carácter utilitario. José María Cruz, el protagonista de *La loca de la casa* justificará en función de su propio pasado el talante que todos le critican:

Como me he formado en soledad, sin que nadie me compadeciera, adquiriendo todas las cosas por medio de la conquista, brazo a brazo, hállome amasado con la sangre del egoísmo que echó los cimientos de la riqueza y de la civilización.²⁹

²⁷ A. Palacio Valdés, *Sinfonía pastoral*, ídem.

²⁸ J. M. Pereda, *Don Gonzalo...*, op. cit., pp. 109-110. Cfr. A. Palacio Valdés, *Sinfonía pastoral*, op. cit., cap. I, 3; del mismo autor, *La espuma*. Madrid, Victoriano Suárez, 1922, p. 71. Vid. también, B. Pérez Galdós, *Tormento*, op. cit., cap. VIII. Los textos literarios a este respecto podrían multiplicarse.

²⁹ B. Pérez Galdós, *La loca...*, op. cit., p. 1625.

Un utilitarismo que apela en su descargo al afán de activar la economía; una economía escasamente dinamizada en el caso español, por un conjunto de causas entre las que cabe situar la falta de espíritu burgués y el peso de una mentalidad todavía estamental. En favor del primero y en contra del segundo se pronunciará insistentemente este personaje galdosiano.

También Agustín Caballero será consciente de su rudeza, de su falta de modales refinados y de su ignorancia del código social que constituye la base de «la buena sociedad» madrileña. En un mundo en el que, aun sin llegar a los extremos de la sociedad victoriana, todo está reglamentado, el desconocimiento de las formas sociales entraña una absoluta descalificación. Ahora bien, Caballero, aunque adoptará una actitud de distanciamiento respecto al que debiera ser su medio, echará en cara a la misma sociedad las causas que han determinado su talante:

Cada hombre —manifiesta Agustín— es hechura de su propia vida. El hombre nace, y la Naturaleza y la vida le hacen. El mismo derecho que tiene esta sociedad para decirme: «¿Por qué no eres igual a mí?», tengo yo para decirle: «¿Por qué no eres como yo?» A mí me han hecho el trabajo, la soledad, la fiebre, la constancia, los descalabros, el miedo y el arrojito, el caballo y el libro mayor [...]; ¡Ay! cuando se ha endurecido el carácter, como los huesos; cuando a uno se le ha pintado su historia en la cara, es imposible volver atrás. Yo soy así: la verdad, no tengo maldita la gana de ser de otra manera.³⁰

La proclama de Caballero es toda una denuncia del mimetismo social existente; denuncia también de la actitud insegura de una burguesía que traiciona sus principios y no aspira a sustituir sino a integrarse en la vieja sociedad de corte estamental.³¹ No es momento de ahondar por este camino. Retengamos sin embargo la rudeza e ignorancia de los usos sociales por parte del indiano, y su propia explicación de la misma.

En fin, la estampa del indiano acaudalado, pero tosco e ignorante, es tónica en la literatura de Palacio Valdés. En muchas ocasiones los personajes provocan con sus actitudes o su comportamiento la burla o la mofa de sus compatriotas. Recordemos a Granate, personaje de *El Maestrante* (1893):

Como muchos de los indianos, a pesar de ser inmensamente rico, tenía fama de avariento, y no injustificada. Había llegado pocos años hacía de Cuba, donde, cargando primero cajas de azúcar y luego vendiéndolas, se enriqueció. Vino hecho un beduino, sin noticia alguna de lo que pasaba en el mundo, sin saber saludar, ni proferir correctamente una docena de palabras, ni andar siquiera como los demás hombres [...] Los treinta años que permaneció detrás de un mostrador le habían entumecido las piernas. Marchaba tambaleándose como un beodo. El color subido de sus mejillas era tan característico que en Lancia, donde pocas personas se escapaban sin apodo, lo designaban al poco tiempo de llegar con el de Granate.³²

Ahora bien, en esta ocasión no es el personaje el que justifica o explica su carácter y su comportamiento, sino el mismo narrador el que trata de presentar ante el lector

³⁰ B. Pérez Galdós, Tormento, op. cit., p. 1469.

³¹ El carácter dual de la sociedad española durante los últimos lustros del siglo XIX no es privativo de la Península. Recientemente Arno Mayer ha subrayado de manera brillante la existencia de innumerables elementos de carácter preburgués en la Europa de la segunda mitad del siglo XIX, y ha señalado la persistencia del Antiguo Régimen hasta las guerras mundiales. Vid. A. Mayer, La persistencia del Antiguo Régimen. Madrid, Alianza, 1984. El autor citado no hace referencia a España, pero es evidente que estos rasgos preburgueses existentes en la Europa decimonónica se acentúan en la Península.

³² A. Palacio Valdés, El maestrante. Madrid, Victoriano Suárez, 1923, p. 47.